

La Comuna

Nº 16
Setiembre
de 2004

Revista teórica-ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 6

Inversión de capitales y lucha de clases

Páginas 7 a 10

El poder que viene

Páginas 11 a 13

El ocultamiento de la clase obrera

Páginas 14 y 15

Sobre la concepción del Partido

Página 16

Sobre la acción política de la Clase Obrera

En este nuevo número de La Comuna, nos proponemos profundizar algunos ejes centrales que emergen de las actuales condiciones del enfrentamiento de clases, en el marco de la lucha político-ideológica contra la burguesía.

El primer artículo retoma los conceptos expresados sobre La Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (LC No.15), desnudando ahora un aspecto determinante: las mayores inversiones de capitales significan mayor explotación, mayor miseria y pobreza para el pueblo.

La segunda nota desarrolla el tema del poder que se avecina en manos de la clase obrera y el pueblo, su construcción, su sustento y su primer acto socialista: la toma del poder.

En El ocultamiento de la clase obrera, se enfoca el tema desde una arista eminentemente práctica, de cómo la burguesía intenta esconder o debilitar la incidencia del proletariado, en momentos en donde éste es cada vez más protagonista y decisivo en todo el proceso productivo de nuestro país.

Por último, publicamos un aporte sobre la concepción del Partido Revolucionario que, basado en los principios teóricos de Marx y Engels, y la experiencia de Lenin y el Che, contribuye concretamente a que la clase obrera y el pueblo cuenten con una opción política propia por fuera de las reglas que impone el sistema.

Inversión de capitales y lucha de clases

En el número anterior de esta revista desarrollamos sintéticamente la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia en el sistema capitalista y explicamos cómo la misma influye en la magnitud del salario de los obreros.

También dijimos que dicha ley tiene varios efectos, dos de los cuales nos disponemos a desarrollar en el presente artículo, a partir de la crítica a uno de los argumentos que usa el poder burgués pretendiendo engañar y creando falsas expectativas, cuando dicen que los problemas del pueblo pueden ser solucionados en el sistema capitalista.

Mayor inversión de capitales significa mayor explotación, mayor miseria y pobreza para el pueblo

A diario escuchamos de boca de nuestros gobernantes, politólogos, economistas, empresarios, periodistas especializados, y toda la caterva de sesudos representantes de los intereses burgueses, que se requiere de la llegada de capitales que inviertan en nuestro país para resolver los problemas sociales tales como la desocupación, la pobreza, la falta de recursos para la educación, la salud, la carencia de viviendas y otros males que padecemos la gente del pueblo (nunca ellos).

Dicen que para que ello sea posible, es condición fundamental mantener la paz social, darles ventajas a los capitalistas para atraer sus inversiones (léase: regalarles terrenos para que instalen sus empresas, eximirlos del pago de impuestos por decenas de años, subsidiarlos para que abonen más baratos los servicios de electricidad, agua, gas, y otorgarles otros beneficios), además de garantizarles la seguridad jurídica (lo que firmó un gobierno lo debe respetar el siguiente y toda la sociedad en forma absoluta, y así sucesivamente).

De esta forma, aseguran que se crean “fuentes de trabajo” generando nuevos empleos. Entonces con sus sueldos, los nuevos ocupados reactivan la economía de la zona, se benefician también los pequeños comerciantes quienes les venden sus mercancías, el Estado cobra más impuestos (porque ahora la gente puede pagar -tanto el comerciante como el trabajador-), los medios de transporte encuentran nuevos usuarios, las escuelas de la región vuelven a llenarse de niños que ahora pueden estudiar gracias al nuevo empleo de sus padres, los centros de salud privados vuelven a contar con la presencia de pacientes quienes, a partir de que tienen su obra social, pueden asistir a los mismos, se incrementan los aportes al sistema de jubilación, etc., y así toda la maravillosa cadena de producción y comercialización capitalista reencuentra un nuevo impulso en el funcionamiento que se había visto trabado por la acción o falta de acción de inoperantes políticos que no supieron, en su momento, cómo atraer a los capitales tan beneficiosos para la humanidad. Hasta aquí el verso burgués.

Ahora, si esa es la fórmula, ¿a qué se debe que a pesar de las inversiones de capitales operadas en nuestro país durante los años noventa y lo que va del siglo XXI, no se avanzó un tranco en la solución de los problemas del pueblo y, por el contrario, estos se agravaron?

Además, la situación no cambia en el presente, a pesar de que se siguió invirtiendo y hay nuevos proyectos, tales los casos de la planta de Cargill en Villa Gobernador Gálvez, provincia de Santa Fe (US\$ 160.000.000); la planta cerealera de Bunge en San Lorenzo,

provincia de Santa Fe (US\$ 60.000.000); el Gasoducto del Norte (grupo Techint: \$ 1.000.000.000); un plan exploratorio de 81 pozos de petróleo en la cuenca neuquina a cargo de Repsol YPF (US\$ 200.000.000) que forma parte de un plan de inversiones de US\$ 5.700.000.000 para el quinquenio 2003-2007.

A esto debemos sumarle otros rubros que siguen avanzando, como los gigantes supermercados que poblaron las grandes ciudades del país a cuyas poblaciones les cambiaron las fisonomías (Carrefour, Jumbo, Easy, COTO); instalación de shoppings; inversiones en plantas automotrices, repuestos automotores y autopartistas, minería, bodegas, empresas de telefonía digital y de línea, frigoríficos, alimentarias, maquinarias agrícolas, fabricación e instalación de plantas de silos, las famosas curtiembres de Benetton, astilleros, negocios inmobiliarios y de la construcción, etc. Han crecido como hongos nuevos complejos turísticos, hoteles internacionales, cotos de caza y pesca para el turismo; los productos de cuero y las artesanías regionales y autóctonas han cruzado la frontera del país de la mano de extranjeros que las adquirieron dejando a cambio sus dólares o euros.

Sin embargo, los índices de desocupación no bajan, la pobreza se profundiza y los problemas sociales acumulados se extienden y atentan contra la continuidad laboral, la educación, la salud, la mortalidad infantil, la falta de vivienda, la inseguridad, etc. Los grupos de jóvenes que se juntan en las esquinas de los barrios a ver pasar la vida sin perspectiva alguna se multiplican, los ancianos sujetos masivamente a su suerte individual (valga el juego contradictorio de palabras) crecen en número...

Es que la lógica capitalista de “mayor inversión, menor pobreza”, no es real.¹

Por el contrario, lo que opera irremediamente es la ley económica del proceso de acumulación capitalista que hace que se incremente la cantidad global de bienes existentes en una sociedad, de tal forma que existe un desarrollo mayor del capital constante (bienes de uso en general, maquinarias, materias primas, infraestructura, etc.) respecto de la parte destinada a la absorción de trabajo obrero (capital variable). Es decir que menor cantidad de obreros ponen en movimiento mayor fuerza productiva y producen más cantidad de bienes.

No estamos negando que en la zona en la que, por ejemplo, se instaló un nuevo supermercado se haya generado una cantidad de nuevos empleos. Eso es cierto. Lo que no deja de ser cierto también es que, a consecuencia de la existencia del mismo, se produce una cantidad de defunciones de pequeños negocios y todo lo que rodea a los mismos, con la consecutiva pérdida de “fuentes de trabajo”. Lo mismo ocurre con las industrias monopólicas, a cuyos nuevos obreros y sus familias no se les puede negar el sosiego que les significa, en un principio, contar con un empleo y la posibilidad de obtener, a cambio del alquiler de su fuerza de trabajo, un salario que les permita subsistir. No obstante, ello se trastoca rápidamente en largas y agotadoras jornadas de superexplotación y condiciones infrahumanas de trabajo, en las cuales se pierde aceleradamente la salud y el trabajador siente que diariamente deja su vida en la fábrica. Además, la nueva industria instalada genera, más tarde o más temprano, una situación despótica a partir de la cual impone condiciones a toda la zona, a la región y luego al país, eliminando competencia, sometiendo a las industrias más pequeñas que contribuyen al aporte de materias primas e insumos para que aquella funcione. Somete también a las empresas de transporte que traslada a sus trabajadores o crea una propia desplazando a las ya existentes, configurando de esta forma una nueva fisonomía a la geografía de la zona a

imagen y semejanza de sus necesidades de ganancia que, se entiende, son contrarias a las necesidades insatisfechas de la población. Esto, sin mencionar las deudas que deja sobre los hombros de la sociedad, debido a los subsidios otorgados por el Estado, la destrucción del medio ambiente al amparo de la disminución de costos “para facilitar la inversión de los capitales”, el gasto en servicios que paga toda la sociedad tales como policía para que los proteja, las coimas para que se instale en determinada provincia y no en otro lugar, el peso de la desregulación laboral que consiguieron y queda como antecedente, la corrupción y el pago de favores, la burocracia administrativa, etc.

Así, detrás de lo que en principio, y por virtud de la repetida cantinela burguesa, se presentó como el surgimiento de una nueva “fuente de trabajo”, aparece lo que en verdad es: una fuente de ganancia monopolista a costa del sacrificio de la clase obrera y de toda la población en general.

Adicionalmente, se genera una tendencia a la disminución del salario global relativo, respecto de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Como vemos, no sólo es mentira que la inversión de capitales es la fórmula para la solución de los problemas populares sino que, por el contrario, los profundiza constituyendo, a la vez, una golosina para la burguesía monopolista.

Por otra parte, como el Estado argentino está al servicio de los monopolios, fenómeno que denominamos Capitalismo Monopolista de Estado, el mecanismo para la instalación de estas inversiones se multiplica y perfecciona crecientemente en esta etapa que transita nuestro país.

¡Qué contradictorio resulta que cuanto más capital (plusvalía) origina el trabajo del obrero y cuanto mayor es el producto del mismo (mercancías, materias primas, máquinas, herramientas, servicios, infraestructura, riqueza en general), mayor también es el empobrecimiento de la clase obrera, demás trabajadores y pueblo en general!

¿Quiere decir esto que el avance de la producción, la tecnología y la ciencia son perjudiciales al hombre?

¡¡¡No, definitivamente!!!

Esto no es más que la expresión de cómo en la sociedad capitalista organizada alrededor de la ganancia de la burguesía y no de las necesidades y aspiraciones colectivas del pueblo, lo que debería ser provechoso para el obrero y demás capas populares, se transforma en elementos de tortura y sufrimiento.

Este fenómeno nos confirma, a la vez, que la sociedad capitalista está inexorablemente dividida en clases sociales con intereses antagónicos. En ella, los que, mediante el esfuerzo de su trabajo y el manejo de las máquinas, producen la totalidad de bienes y multiplican la riqueza social, no son los mismos que disponen y disfrutan de estos, pues dichos productos pasan a engrosar las posesiones de la burguesía. Para que ella mantenga y multiplique sus ganancias -que por otra parte es su única razón de ser-, el obrero y demás capas populares deben sufrir y someterse a su poder.

Ahora, si hablamos de lucha de clases, estamos reconociendo fuerzas sociales que confrontan y por lo tanto hablamos de movilidad y de correlación entre dichas fuerzas.

De avances y retrocesos, de iniciativas y de respuestas, de ofensiva y defensiva.

Por otro lado, en reiterados trabajos hemos analizado que la burguesía se encuentra en una crisis política profundísima. A partir de esa caracterización, podemos dar un contenido político a la expresión material de las leyes que estamos estudiando. Pero antes

veamos otro fenómeno que se deriva de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Los capitales invierten en nuestro país porque obtienen más ganancias

Como vimos, a pesar de que los monopolios se quejan de la ausencia de paz social, inseguridad jurídica y otros males, y temen -por sobre todo- al alto estado de ánimo de la clase obrera y las masas populares, siguen invirtiendo en nuestro país y, en consecuencia, requieren y necesitan absorber2 mano de obra.

Los niveles de cuota de ganancia que logran en Argentina, instalando determinadas fábricas con desarrollo tecnológico similar a las de los países desarrollados y con inversión menor de capital constante, son superiores a la cuota de ganancia que obtienen en los países centrales.3

Dada esta situación material, las fuerzas populares, y en particular todo el proletariado, se encuentran en una situación favorable para dar batalla y avanzar en sus conquistas.

Nada va a detener la voracidad capitalista sobre la ganancia, ni siquiera su profunda crisis política, porque esa actitud de clase no puede ser manejada a gusto por la burguesía, ni siquiera por su sector hegemónico -la oligarquía financiera-, pues burgués que se duerme es burgués muerto.

Las mentiras de la burguesía esconden su debilidad y sobre ésta debemos avanzar

A partir del conocimiento y manejo de estas leyes que proporciona la ciencia proletaria - el marxismo-, la vanguardia revolucionaria puede elaborar políticas a favor de los intereses del proletariado y del pueblo en general; porque la cara burguesa que se expresa en la avaricia de ganancia, tiene la contracara de la necesidad urgente de mano de obra.

Además, la profunda crisis política impide a la burguesía manejar con engaños el conflicto social, o generarles expectativas a su clase antagónica y demás sectores populares.

Sabedores de que detrás de los intentos de soborno sobre la huida de capitales, y la amenaza de la no creación de nuevas “fuentes de trabajo”, o de la necesidad de bajar costos y por sobre todo salarios, intensificar la productividad y alargar las jornadas laborales, los capitalistas esconden su avaricia de mayor ganancia que pueden realizar mejor en países como el nuestro que en los países centrales. El proletariado y demás sectores populares estamos en condiciones hoy de desarrollar intensamente múltiples batallas por las conquistas insatisfechas y obligar a la burguesía a retroceder en sus apetitos de explotación.

Todas las catástrofes con las que amenazan al pueblo si no nos sometemos mansamente a sus planes, son en realidad la debacle que ellos sufrirán con la disminución de sus ganancias. Pues sus mentiras esconden el miedo visceral a tener que sacrificar las mismas a consecuencia del avance de los trabajadores.

La certeza de que en este momento ellos no pueden dejar de producir e invertir como lo vienen haciendo, nos permite multiplicar las luchas que ayudarán a foguearnos, organizarnos, extender la masa de fuerzas combativas y profundizar la decisión de transitar la senda de la conquista del poder revolucionario.

Pues la revolución quebrará la lógica capitalista en donde los avances en la producción van en contra del pueblo.

La revolución hará que la producción, la ciencia, la tecnología y la multiplicación de bienes materiales, es decir la elaboración colectiva de la riqueza y la fuerza productiva social, encuentren un cauce casi infinito de desarrollo que sea beneficioso para el obrero, los demás trabajadores y el pueblo argentino en general.

Por eso es necesario romper con el sistema capitalista de producción y reemplazarlo por el sistema socialista, basado en el trabajo planificado y colectivo; en donde la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de las grandes masas de la población constituyan el eje alrededor del cual se organice la producción y toda la vida social de la población.

Enterraremos así en una profunda tumba al interés burgués de la ganancia, actual motor de la producción y organizador de la vida social de nuestro país.

(1) La explotación capitalista es la que reproduce el capital. Los capitales no son más que la plusvalía acumulada por los capitalistas. La plusvalía es la parte del valor creado por el obrero que el capitalista se apropia en el proceso de producción. La plusvalía constituye el valor creado por el obrero en el tiempo de trabajo que el capitalista no le paga. La plusvalía es la diferencia entre el trabajo necesario (tiempo diario en que el obrero produce la cantidad que el capitalista le paga como salario) y el trabajo excedente (tiempo que el obrero trabaja gratis para el capitalista). Sin trabajo asalariado no hay capital. Detrás del capital que posee el burgués se esconde el sufrimiento de la explotación del trabajo asalariado. (Ver “El Capital” de Carlos Marx, Tomo I, Capítulos IV, V, VII, VIII y IX).

(2) En el capítulo XIII “Maquinaria y gran industria” del Tomo I de “El Capital”, Marx demuestra, mediante un análisis profundo de la producción industrial capitalista cómo la maquinaria absorbe mano de obra ya que en el proceso productivo de la gran industria mecanizada, la máquina no está al servicio del hombre sino que el obrero debe someterse a ella.

(3) Con la misma cuota de plusvalía, mayor capital constante e igual capital variable, un capital obtiene una cuota inferior de ganancia:

Si $c = 50$ y $v = 100$, $cp = 100$,

$$cg = \frac{p}{c + v} = cg = \frac{100}{150} = 66,66 \%$$

Si $c = 400$ y $v = 100$, $cp = 100$,

$$cg = \frac{p}{c + v} = cg = \frac{100}{500} = 20 \%$$

c es capital constante (maquinarias, infraestructura, materias primas, etc.)

v es capital variable (capital destinado a salarios)

cp es cuota de plusvalía

cg es cuota de ganancia

La fórmula muestra que en un país con mayor desarrollo capitalista se obtienen menores cuotas de ganancia. (Ver “El Capital” de Carlos Marx, Tomo III, Cap. XIII “Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”).

El poder que viene

El socialismo es la única salida a todas las calamidades del capitalismo: miseria y opresión, alienación y explotación, degradación y hambre.

Los revolucionarios debemos buscar los caminos más cortos hacia la revolución para acortar los padecimientos del pueblo y producir el primer acto socialista: la toma del poder.

Un poco de historia

Del Santiagueñazo hasta ahora, el pueblo ha ido rompiendo con la institucionalidad del sistema a la vez que avanza en la construcción de sus herramientas políticas.

La calle fue diciendo algo distinto de lo que reflejaban puntualmente las urnas. Santiago se dio a pocos días de las elecciones y la toma del Puente de Corrientes, a cinco días de la asunción del nuevo gobierno. Por más que los votos parecían indicar que el poder burgués se mantenía en forma sostenida y que el engaño funcionaba de maravillas, las masas fueron construyendo un camino diferente al de la institucionalidad burguesa.

En estos años se han sucedido los hechos en un doble carril. La burguesía financiera avanza votando leyes y aprobando decretos acordes a sus necesidades, utilizando todos los recursos del Estado en función de sus intereses de la superganancia, y el pueblo fue buscando su propia salida, acorde con su propia “institucionalidad”.

Los Cabildos Abiertos, la autoconvocatoria permanente, el ejercicio de la democracia horizontal y directa, son algunos de los ejemplos de la autonomía que se viene gestando por abajo. El 19 y 20 diciembre de 2001 fueron dos puntos culminantes del accionar de masas en estos años.

Más allá de los titulares de los diarios, la lucha de clases no se detiene, y el pueblo no cesa en la búsqueda de su dignidad y de una salida auténticamente popular.

Vociferaron el fin de la clase obrera, se envalentonaron con la muerte de las ideologías y se llenan la boca con las elecciones; pero la respuesta que el pueblo viene gestando es ensayar formas de democracia para resolver sus problemas inmediatos, que ya no pueden encontrar soluciones en las políticas del poder.

El régimen burgués continúa sin descanso su derrotero, tratando de generar algún tipo de expectativas en la población y de someter a las masas. Así, gesta proyectos con distintas vertientes y caras: la Alianza, la Transversalidad, “la vuelta al peronismo”, etc., son algunas de las máscaras del engaño que sacan de la galera de lo viejo.

Herramientas políticas de masas

En este constante ascenso de las masas, de ruptura con el poder y búsqueda de la propia institucionalidad, la cuestión que nos debe preocupar en nuestra tarea política es con qué herramientas el pueblo va a construir el poder necesario para el derrocamiento de la burguesía y la toma del poder.

Sin hacer futurismo, debemos tomar de las entrañas del movimiento de masas las tendencias esenciales y formales con las que se va delineando la construcción de un nuevo poder. Es nuestra responsabilidad tomar lo nuevo de las masas y profundizarlo

para poder transformar revolucionariamente la sociedad. Esta construcción es actual, vigente, álgida y al calor de las experiencias de las luchas.

Por eso, cuando nos preguntamos ¿cómo va a ser el poder que revolucione la sociedad argentina?, tenemos que tener en cuenta que la experiencia que el pueblo viene gestando constituye el embrión de ese futuro poder popular. Esto es parte del patrimonio político de las masas, que permitió ir rompiendo las trampas del poder, quebrar su impunidad, lograr justicia, conquistar sus derechos, golpear a los monopolios, ir por lo propio, para decir basta y exigir por su dignidad.

El pueblo avanzó por su lado, construyendo en la práctica sus herramientas políticas, auténticos gérmenes y experiencias de autogobierno popular en la disputa e imposición a la oligarquía financiera.

Nuevas formas de democracia

La clase obrera y el pueblo en el camino de resolver sus problemas más elementales, comienzan a experimentar las formas nuevas de democracia y van construyendo su poder.

La sociedad es tal como el régimen o sistema de producción que en ella impera. El orden industrial imprime su sello en los distintos niveles del conjunto social.

La democracia directa que van construyendo y ejerciendo las masas, recoge los elementos más avanzados de la organización que surge de las grandes fábricas: democracia directa, consulta permanente, responsabilidad horizontal, acción directa, involucramiento del obrero en todo el proceso productivo, etc. Así, las luchas sociales, encaradas por distintos sectores del pueblo, reflejan de un modo u otro la producción monopólica.

La socialización en los distintos niveles de organización y administración de la producción es cada vez mayor y se expande al conjunto social. Por eso, la nueva democracia que el pueblo va construyendo, ese nuevo poder, no es algo que surja de los papeles, ni es un modelo teórico aislado, sino que nace de las entrañas de la sociedad actual, como emergente del modelo de producción de punta instaurado por los grandes monopolios en las fábricas.

El papel histórico de la clase obrera

El papel histórico de la clase obrera en las transformaciones no es nuevo, sino que ha estado presente en todos los cambios políticos desde que ésta existe como tal. Como ejemplo vale la conquista del derecho al voto, que le fue arrancada a la burguesía, tanto en los grandes países industriales como en el país. La conquista de las libertades burguesas y cada espacio de esta democracia fue ganado por la clase con sus luchas. Muchos de los derechos que detenta la ciudadanía son fruto de esas luchas obreras y populares. La burguesía no nos ha regalado nada. Todo ha sido conseguido en base a la lucha y el sacrificio de las masas de trabajadores, hasta con la entrega de sus vidas. El 17 de octubre, el Cordobazo, las luchas contra las dictaduras que ensombrecieron nuestro país, son un claro ejemplo de su firme participación política, más allá de las distinciones partidarias con que se quiso siempre opacar el protagonismo de la clase.

En el marco de las transformaciones profundas hacia las que avanza el proceso social, se acrecienta y es fundamental el rol político y material de la clase obrera.

Una de las preocupaciones de los que realmente aspiramos a los cambios que revolucionen la sociedad, y que trabajamos por la conquista del poder político, es ¿con qué fuerzas materiales, humanas y sociales vamos a poner en marcha la nueva sociedad? ¿Qué clases van a estar en el nuevo poder? ¿Cuáles van a ser las alianzas que tomarán cuerpo en la revolución? Este no es un tema para después, sino que debe estar presente desde ahora. Se trata del encuentro de la clase obrera con el pueblo por fuera de la institucionalidad burguesa, para resolver por su cuenta y en conjunto, sus aspiraciones reivindicativas y políticas.

Todo lo que deviene de la práctica del movimiento de masas va abonando la identidad del nuevo poder. En la lucha popular contra el poder de la burguesía que se lleva adelante todos los días, se han gestado y se siguen gestando organizaciones de lucha cuya característica es contener en sí mismas la capacidad deliberativa, resolutive, ejecutiva y de control de lo realizado. Se trata del ejercicio directo de la democracia que constituye el germen del futuro poder del Estado Revolucionario.

De todas las clases y sectores sociales que componen nuestra sociedad, el proletariado es el que tiene la llave para romper el sometimiento. La clase obrera es la que produce los bienes de consumo y por lo tanto es la única capaz de poner en funcionamiento y sostener el aparato productivo. Es la clase más avanzada de la sociedad, la que conlleva en sí misma la socialización de los medios de producción y de la riqueza producida, la más disciplinada, la que maneja la más compleja tecnología, la que ha desarrollado la más avanzada organización social, la que sabe resolver con mayor practicidad los problemas del abastecimiento y las trabas en el desarrollo productivo; la que -a partir de todas las modificaciones en las formas productivas- ha incrementado grandemente su poder sobre la fabricación de bienes, la que practica diariamente la democracia directa impuesta por las formas productivas en las fábricas; en suma, la más capacitada para ponerse al frente de la sociedad. La Clase Obrera no puede esperar de nadie su liberación; esa tarea debe hacerla por sí misma.

El sistema capitalista ha simplificado el histórico enfrentamiento de clases sociales. Por primera vez en la historia, la clase explotada es la que contiene el germen para liberarse de la clase explotadora. Liberándose de la explotación capitalista, la Clase Obrera libera a toda la sociedad de toda explotación.

En las organizaciones populares ya desarrolladas, la clase obrera, que ha venido participando de las luchas, constituye el punto de encuentro. Aunque todavía no de forma generalizada, va ejerciendo la dirección política de lo nuevo que surge; lo hace a través de su vanguardia y de sus elementos más avanzados.

El proletariado constituye la base de la estructura de la sociedad actual y su elemento activo. Está llamado, a la vez, a ser el soporte de la sociedad futura. Constituye el vértice de la avanzada social y está a la cabeza del proceso revolucionario.

El día siguiente de la toma del poder es también una preocupación que deben contemplar los revolucionarios. La presencia actual del proletariado en el proceso de cambio en ciernes, garantiza que en ese “día siguiente” se pueda poner en marcha, efectivamente, la estructura productiva industrial que asegure el desarrollo del nuevo país.

La lucha por el poder no es solamente un tema ideológico o político general, sino también material y concreto. Aparece otra clase, otra expresión social que va a tomar las riendas

de la sociedad asumiendo en lo cotidiano la dirección y el funcionamiento de la nueva sociedad.

La burguesía, por más que sea despojada del poder político, no va a darse por derrotada como clase. Por ello, no sólo desde los grandes planes que deberán ir poniéndose en marcha para rescatar a millones de argentinos de la indigencia, del analfabetismo, del hambre, sino desde el día inmediatamente después, la clase obrera deberá tomar en forma directa la puesta en marcha de la producción para resolver los problemas de la sociedad y encarar las soluciones de los males que el pueblo viene padeciendo ante su postergación. Hoy resulta imprescindible que la clase obrera y su Partido se pongan a la cabeza de la dirección política del conjunto del pueblo. Ello es posible, y es con este espíritu que debe encararse hoy la lucha económica y política. En el ejercicio del poder, en la lucha contra la burguesía, en las batallas por el salario, por las mejoras, hay que ir construyendo y desarrollando una práctica, un ejercicio, un aprendizaje del poder propio de clase, de esa clase que va a ser la dirección de la nueva sociedad socialista. Si no asumiera ese rol sería imposible lograr la unidad con el resto del pueblo en la lucha contra el régimen burgués.

Las tareas de la vanguardia

¿Qué significa que la clase obrera vaya HOY preparándose material y espiritualmente en el ejercicio del poder, en la toma de decisiones? Significa tomar la dirección política del conjunto del pueblo a través de su vanguardia. Esta dirección política de la clase debe poner su punto de vista frente a los distintos acontecimientos y dramas de la población, orientando al conjunto el pueblo en las formas de lucha que unifiquen y que lo aparten de las visiones corporativas burguesas. Poner, de esta forma, su impronta en cada hecho político. Para la clase obrera el desafío es comenzar a construir poder político, YA.

Es fundamental garantizar que la lucha se encarrile. La idea de la democracia directa es utilizada por los monopolios para su provecho en la producción. Pero se cuida de mantener la división del campo del pueblo a través de la separación de sus intereses individuales o sectoriales (desocupados, cuentapropistas, empleados, etc.).

El proletariado debe ejercer su propia democracia, dándole el contenido de clase, socializando la producción hacia el conjunto del pueblo. Mantener el orden de las fábricas, sin la burguesía.

El desafío político es HOY. La responsabilidad histórica es YA. La acción directa de la clase es AHORA. La construcción del poder político es a CADA PASO.

Este es el camino del nuevo poder; ésta será la unidad clasista del nuevo poder y la democracia directa constituirá su esencia.

Este nuevo poder será, sin duda, la dictadura revolucionaria de la clase obrera y el pueblo. El poder que asumirá todas las funciones del nuevo Estado a través de sus organizaciones políticas populares.

Tomar lo nuevo que ya está en las masas y profundizarlo, para poder transformar revolucionariamente la sociedad, es parte de nuestra responsabilidad.

El ocultamiento de la clase obrera

Se puede abordar la existencia de la clase obrera en nuestro país desde múltiples aspectos. Pero el presente artículo enfoca el tema desde una arista eminentemente práctica, desde la vida cotidiana y, desde allí, cómo el poder burgués intenta esconder su existencia o, en todo caso, debilitar su incidencia en la vida real.

Con la aparición masiva de centros de comercialización monopólicos operada en las últimas décadas, caso de los supermercados, o con las redes de servicios de todo orden, la burguesía trató por todos los medios de ocultar aún más la fuente de valor de todas las cosas (la fuerza de trabajo humana), y por lo tanto trató de poner en un segundo orden el proceso de producción. Sin embargo, desde las materias primas al producto terminado, la clase obrera sostiene el mayor peso de los cambios operados a través de décadas en el orden industrial instalado en nuestro país.

En cada góndola se encuentra un producto terminado, una botella de aceite, de vino, una computadora, un destornillador, etc. Como por arte de magia ese producto que compramos, es repuesto en forma inmediata por otro y así sucesivamente. Lo que ocurre es que detrás de la góndola se esconde un mundo productivo de dimensiones extraordinarias. ¿Nos pusimos a pensar lo que significa la aparición del producto terminado y el hecho de la reposición inmediata? Para que ese producto esté en el momento justo de la necesidad de quien lo compra, tuvo que pasar por una serie de procesos productivos que, con la fuerza de trabajo de cada trabajador y el manejo de la ciencia y la técnica, acelera esa concreción.

Por ejemplo, para obtener un producto final proveniente del agro, se utilizaron agregados químicos, herramientas de producción del campo, tractores, cosechadoras, etc. Se requirieron instrumentos de control climático -lo que implica dominio del espacio-, aparición de técnicas capaces de transformar rápidamente sistemas productivos en cortos períodos de tiempo, etc.

Así, la botella de aceite que aparece en la góndola del supermercado concentró una fuerza de trabajo múltiple, diversificada y una capacidad de conocimientos en la organización y en la administración como nunca antes se habían logrado.

Con el fin de obtener más ganancias, los capitalistas se vieron obligados permanentemente a modificar las formas de organización de la producción para abaratar costos, lograr mayor rentabilidad y mejor competitividad para desplazar o destruir a otras empresas del mismo ramo. Ese proceso fue convirtiendo a la producción en cada vez más social, de tal manera que las fuerzas de trabajo se involucraran crecientemente en el proceso productivo integral. También se rompieron barreras infranqueables para el obrero, quien ahora interviene en decisiones que antes estaban reservadas exclusivamente a funcionarios y directivos de las empresas.

La necesidad de desburocratizar no sólo el proceso de producción sino también la distribución y la llegada del producto a su consumidor en el momento justo, requiere el involucramiento extensivo ya no de decenas, sino de miles de trabajadores en toda la cadena de producción para que ese producto que vemos en la góndola o en la vidriera del negocio, siempre sea repuesto en el momento adecuado. Así sucede con un automóvil, con un paquete de yerba o con un vaso de vidrio. Todo lleva fuerza de trabajo humana y en ello está embretada toda una clase, la clase obrera, y fundamentalmente, la de la gran

industria. Entiéndase que no sólo nos referimos a la cantidad de obreros que intervienen en esto, sino también a la productividad que el capitalista obtiene de dicho trabajador. En este camino de pensamiento debemos señalar que, además de la acción productiva que significa la transformación de la materia prima en un producto terminado, intervienen múltiples hechos productivos que contribuyen a que ese producto esté al alcance de quien lo necesita. Nos referimos como ejemplo a servicios fundamentales como la luz, el transporte y elementos estratégicos que también intervienen para que el proceso se cumpla, tales como la educación del trabajador, el mantenimiento de su salud, la vivienda que requiere para vivir, ya que debe cubrir esas necesidades para mantener activa su fuerza de trabajo.

A la clase de los capitalistas sólo le interesa que en todo ese proceso productivo el obrero y los demás trabajadores tengan un salario mínimo indispensable para sobrevivir, para garantizar la producción de mercaderías y la reproducción del propio obrero.

Ellos quieren una fuerza de trabajo que ponga en movimiento su capital para obtener ganancias. Por lo tanto, el obrero es un producto más, aunque insustituible como clase productiva, a los ojos burgueses, no es más que una cosa, un objeto.

Por otra parte, para la clase de los capitalistas, las personas que están al margen de esos procesos productivos, son lo marginal. En nuestro país, suman millones quienes no cuentan ni contarán para la sociedad capitalista. No constituyen fuerza de trabajo, no son ni siquiera ejército de desocupación... literalmente no cuentan. Salvo para momentos electorales en donde deberán optar por qué miembro de la clase capitalista o político a su servicio los va a maltratar por un período de tiempo determinado.

En la actualidad, millones de obreros y trabajadores están involucrados en toda la cadena de producción, aumenta la productividad y crece el P.B.I. Entonces, ¿cómo se entiende que cada vez menor cantidad de población sea más rica y los pobres crezcan en número? Al respecto, las propias cifras oficiales reconocen que, en los últimos treinta años, la distribución de la riqueza es cada vez más atrozmente injusta.

Esta cuestión podemos ir entendiéndola, a partir del ejemplo de cómo llegó la botella de aceite a la góndola. Allí descubrimos que la ganancia que se obtiene del producto no va dirigida a quienes la producen sino a los capitalistas que cada vez tienen más poder y se apoderan no sólo del producto sino de las vidas que están detrás de cada mercadería.

Estos capitalistas, grandes monopolios que hoy vemos por doquier a lo largo y ancho de nuestro país, se apoderaron del Estado y de todas sus instituciones. Para mejorar sus ganancias se pelean entre ellos para tener más ventajas unos sobre otros. Jamás lo pondrán al servicio del pueblo.

Ahora bien, para que ellos puedan obtener ganancias con sus productos, necesitan de millones de trabajadores y cada vez dependen más de estos para competir contra otros monopolios, por eso preparan al trabajador en educación, en administración, en ciencia, en técnica, etc... ¿No será que al ocultar la existencia de la Clase Obrera y de los trabajadores, asalariados, están queriendo ocultar que esta clase está en condiciones de conducir nuestro país, de administrarlo, organizarlo, imponer una disciplina proletaria que sea capaz, en el plano político, de ser dirigente y conductora de la vida social, en donde las mayorías tengan una existencia digna y las minorías sean alejadas del poder que hoy dominan?...

Esta es la cuestión fundamental de por qué ocultan lo que hay detrás de un producto terminado. A la burguesía le preocupa que esta fuerza de trabajo mayoritaria y decisiva

en la vida cotidiana de los argentinos se haga cargo y convierta todo lo que hace en su vida en un poder político que sea capaz de liberar al hombre de toda explotación. La clase obrera, así como es fundamental para transformar, con su fuerza de trabajo, la naturaleza, lo es también para encarar la dirección política y social de toda la población. Para ello, debe ser consciente de que es capaz de hacerlo. El mismo poder monopolista que la explota necesita prepararla, educarla, disciplinarla, ordenarla para realizar sus ganancias. De esta manera la hace capaz de todo. Pero ese mismo poder burgués, monopolista, le dice todos los días que para ejercer el poder político y real de la sociedad están ellos, los ricos, los poseedores de las riquezas que le roban al obrero cotidianamente.

ASUMIR LAS LUCHAS POLITICAS

La estructura capitalista de nuestro país ha creado una clase obrera cuyo protagonismo está oculto en cada acción de compra de un producto de góndola o de vitrina. Para dar vuelta la tortilla y poner las cosas de pie, la clase obrera no sólo debe luchar por conquistar mejoras en el sistema capitalista en el que vivimos, sino que, además, debe luchar y ponerse al frente de lo que la vida le impone en lo cotidiano. Sin clase obrera no hay riqueza, sin clase obrera que ejerza ese peso en la lucha política que cambie las cosas y las ponga en su lugar, no hay liberación del hombre, no hay liberación de la sociedad. Al obrero consciente de su explotación, le cabe la responsabilidad histórica de liberar a su clase y a todos los trabajadores, asumir nuevas responsabilidades, mayores y diferentes de las que los explotadores le asignan cuando lo quieren embretar sólo en luchas reivindicativas. Ahora tenemos que asumir las luchas políticas.

Precisamente, la lucha política por excelencia es la lucha por tomar el poder y construir un Estado al servicio de las mayorías. Los obreros conscientes no pueden dejar que sus hijos y nietos sufran el oprobio de la explotación, a sabiendas de que tienen poder en sus manos para cambiar la historia. Deben asumir el reto que significa dirigir a su pueblo a la revolución, a los cambios sociales y hacerse cargo del nuevo Estado.

¿Cómo podemos mirar un futuro de explotación sin presentar batalla, sin oponer fuerza? ¿Acaso no nos declaran la guerra cuando el aceite que está en la góndola fue producido en 12 horas de agotador trabajo diario y a cambio el salario obtenido por el obrero sólo alcanza para reponer su fuerza de trabajo y volver a producir? ¿Acaso los explotadores han abierto sus corazones abriendo supermercados? ¡No! Por el contrario sólo han abierto sus bolsillos. Pero contradictoriamente cada vez dependen más del obrero y esto debe impulsar a que el proletariado intervenga en la política. Una política que cambie de manos el poder y no la que a ellos les conviene, es decir la de la “democracia”, de las minorías explotadoras.

Nos quieren embretar en sus rencillas y los obreros tenemos nuestro camino propio, nuestra independencia para decidir, y decidir es comprometernos con la política revolucionaria. Es involucrarnos con la liberación de nuestro pueblo y saber que podemos, como clase, sortear todos los problemas. Ese es el sello de clase que se tiene desde la cuna. Empezar todos los días...

Entonces... ¿Por qué no aceptar el desafío de tomar el poder y dirigir los destinos de nuestra patria? Esta obra ha comenzado desde hace décadas. Hubo intentos, avances y

retrocesos, pero se ha cimentado una historia, en la lucha por el poder, que la clase obrera tiene que hacer pesar.

Sobre la concepción del Partido

Hoy vivimos un período terminal del capitalismo. Para profundizar el enfrentamiento de clase es imprescindible que el proletariado y el pueblo cuenten con un proyecto político propio por fuera de las reglas que impone el sistema. Un Partido de nuevo tipo debe inspirar el espíritu revolucionario y de combate, destapando las inmensas fuerzas que anidan en las experiencias y en las luchas populares.

En la etapa imperialista, en la que los monopolios, parados desde su poder económico y como dueños absolutos de los medios de producción, encuentran grandes dificultades para seguir domesticando la voluntad y engañando a todo el pueblo argentino. Pero ello no significa que aún vean peligrar su dominación, lo que nos lleva a reafirmar nuestro convencimiento de que algo más que el descontento hace falta para cuestionarlos y ejecutar su derrumbe.

Así como la burguesía, una vez encumbrada en el poder, tuvo que adecuar su marco jurídico y legal, también formó y sigue constituyendo sus fuerzas políticas (a través de los partidos o de sus fuerzas represivas); al igual que el poder del dinero para corromper todo lo que se le cruce a su paso, desde los medios masivos de comunicación (de los cuales son dueños) hasta sus agentes “políticos” disfrazados de campo popular, con el objetivo de dividir o desvirtuar todo intento de avance en la construcción de una fuerza verdaderamente revolucionaria. Incluso llegan al límite de extrema debilidad, de mostrar a la política como una “cosa” sucia e inalcanzable para que las masas la desprecien. Las diferentes versiones del trotskismo en Argentina, así como el reformismo de diversas izquierdas, tergiversan el Concepto de Partido tomando como verdad absoluta que éste es el sujeto de la revolución, y bajo ese “caballito de batalla” teórico utilizan a las masas para engordar sus fuerzas y poder así negociar con la burguesía determinados “espacios de poder”: Que un concejal, que un diputado o una seccional gremial, y ahora, la nueva modalidad, los planes trabajar. En última instancia, todo en aras del partido, pasando a ser una parte más del negocio de la política burguesa.

Todos estos argumentos alcanzan y bastan para que la clase obrera y el pueblo comprendan la necesidad aún más imperiosa de dotarse de una opción política revolucionaria por fuera de las reglas de juego de este sistema putrefacto y decadente. Decía Mario Roberto Santucho al respecto: “...en una palabra, la clase obrera debe ganar la dirección política de la revolución y dotarse de herramientas adecuadas para ello... La herramienta fundamental, históricamente irremplazable es el partido proletario revolucionario. El partido es el intelectual colectivo, el Estado Mayor y la organización de combate de la revolución proletaria, resultando prioritario con relación a otras herramientas que los obreros y el conjunto del pueblo se van dando en el curso de la lucha...”

UN PARTIDO DE ACCION

La lucha por nuestra emancipación, por una sociedad más justa, es un camino largo, complejo y lleno de dificultades, pero que no comienza desde el momento actual. Es por ello que no estamos huérfanos ni de pensamientos ni de experiencias colectivas como

clase y como pueblo; y menos aún, despojados de una teoría científica que nos arme para el análisis de la realidad para transformarla.

Cuando Marx y Engels realizaron sus escritos, fue uno de los actos revolucionarios más extraordinarios de la historia de la humanidad, movidos por la inquietud más profunda de encontrar una salida a los males que aquejaban a la sociedad. Actos que encontraron su máxima expresión en Lenin, que llevó a la teoría de Marx y Engels a su plena realización, agregándole el aporte del tipo de herramienta de la cual el proletariado debía dotarse para poder dirigir su liberación y la de todo el pueblo: el partido de nuevo tipo.

Un partido de la clase obrera de combate que se convierte en dirigente político de la revolución socialista. Un partido que deposite toda la confianza y riqueza en el poder que subyace en la clase obrera. Un partido que necesariamente tiene que estar organizado a partir de las formas que de su práctica social (nuevas formas de producción) mejor se adecue y se aproxime a lo más avanzado que se pueda vislumbrar en una sociedad futura sin explotadores ni explotados. Un partido que desde su conformación encarne en su vida cotidiana y en su práctica los principios comunistas, donde sus miembros, a decir del Che, luchan por ponerse a la altura de lo más avanzado de la especie humana: un revolucionario.

Un Partido que como colectivo analice certeramente la realidad y defina las tareas fundamentales de la revolución, resolviendo con sensatez los problemas planteados en la lucha de clases y que inspire a nuestro pueblo en un espíritu revolucionario inculcándole las inmensas fuerzas que en él se encuentran escondidas.

La revolución estalla allí donde el eslabón más débil de la cadena de dominación de la burguesía se rompe. Dicha ruptura no es un hecho espontáneo, si bien es cierto que está abonada por la propia crisis del sistema, se debe también a una labor tenaz y sin respiro del Partido. Este, apoyándose en las condiciones objetivas y como parte de ellas -a partir de su acción política dirigida desde las entrañas del poder, y dentro de la vanguardia del proletariado- termina constituyéndose, junto a la clase obrera y el pueblo, en parte del sujeto de la revolución.

Es decir, que impulsa y conforma al mismo tiempo las herramientas de la Revolución para la destrucción de la sociedad burguesa, integrando a las amplias mayorías al enfrentamiento de fondo.

Sobre la acción política de la Clase Obrera

La abstención absoluta en política es imposible; todos los periódicos abstencionistas hacen también política. El quid de la cuestión consiste únicamente en cómo la hacen y qué política hacen. Por lo demás, para nosotros la abstención es imposible. El partido obrero existe ya como partido político en la mayoría de los países. Y no seremos nosotros los que lo destruyamos predicando la abstención. La experiencia de la vida actual, la opresión política a que someten a los obreros los gobiernos existentes, tanto con fines políticos como sociales, les obligan a dedicarse a la política, quiéranlo o no. Predicarles la abstención significaría arrojarlos a los brazos de la política burguesa. La abstención es completamente imposible, sobre todo después de la Comuna de París, que ha colocado la acción política del proletariado a la orden del día.

Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado. Y cuando en todas partes se han puesto de acuerdo sobre ello, ¡se nos pide que no nos mezclemos en la política! Todos los abstencionistas se llaman revolucionarios y hasta revolucionarios por excelencia. Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución y sin la cual los obreros, al día siguiente de la lucha, serán siempre engañados por los Favre y los Pyat. Pero la política a que tiene que dedicarse es a la política obrera; el partido obrero no debe constituirse como un apéndice de cualquier partido burgués, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia.

(Acta hecha por Federico Engels del discurso en la sesión de la Conferencia de Londres, el 21 de septiembre de 1871)